



GILBERT SIMONDON

El modo de existencia de los objetos técnicos

Traducción de Margarita Martínez y Pablo Rodríguez, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2007, 278 pp. (*Du mode d'existence des objets techniques*, Aubier, París, 2001)

Es sabido que Heidegger advirtió contra las posiciones modernas acerca de la técnica: “permanecemos encadenados a la técnica y privados de libertad cuando la afirmamos con pasión o por el contrario la negamos”, escribía en *La pregunta por la técnica* en el 54'. El *cyborg* de Donna Haraway o WALL-E y el *Terminator* de James Cameron o la más moderna *Matrix* resumen ese amor o ese miedo exacerbados. Pero, a pesar de dicha prevención y de haber intentado pensar la esencia de la técnica, Heidegger no le otorgó lugar alguno a los objetos técnicos, y mucho menos a la cuestión o modalidad de su “existencia”. Y es que la conocida tesis del 29' acerca de las distintas porciones o lotes de mundo que le tocan a cada ente pasaba por alto, hasta incluso como no-dicho, silenciado, a uno de ellos, que en cuestión de pocos años iba a inundar el mundo de los hombres. Tal y como se decía en *Los conceptos fundamentales de la metafísica*, el animal es pobre en mundo, el hombre lo tiene y la piedra (lo material) no. Pero, ¿y los objetos técnicos? ¿Acaso tienen mundo, existen, están abiertos a algo distinto de ellos mismos? ¿Están completamente saturados?

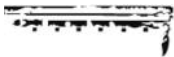
Semejante lapsus heideggeriano sólo es comparable con el olvido que el propio Gilbert Simondon ha sufrido durante los últimos cuarenta años. Su corta pero

contundente obra, comparable a la de Rulfo en otros ámbitos, no bastó para potenciar y abrir el lucro editorial. Pese a las advertencias de Deleuze, de Baudrillard o de esa otra figura parental que fue Canguilem para todos los pensadores de esa época, la filosofía simondoniana no conquistó la primera plana filosófica, permaneciendo como una oscura corriente en devenir, tan sólo apta para adictos a los textos en apariencia escolásticos. Conceptos como el de máquinas deseantes, *agencement*, transductividad o la individuación de Simondon pueblan y abonan las páginas de los dos esquizoanalistas, pero el camino hacia las fuentes ni tan siquiera terminó de abrirse. Sólo en la última década y póstumamente se ha comenzado a desempolvar la ontología de Gilbert Simondon. La celebración de seminarios y cursos han ido sirviendo para sacarlo y salvarlo de la mera filosofía de la técnica. La traducción que nos brinda Prometeo Libros de *El modo de existencia de los objetos técnicos*, a cargo de Margarita Martínez y Pablo Rodríguez, incide y continúa este intempestivo trabajo de desvelamiento.

“La existencia —le escribía Heidegger a Beaufreret en relación con la cuestión del humanismo— es algo que sólo se puede decir de la esencia del hombre... Sólo el hombre está implicado en el destino de la existencia.” Y aunque la técnica, o mejor dicho la esencia de la técnica, que es un modo de la *alétheia*, nos desvela nuestro esencial destino, nos vemos por este boscoso camino sumidos en el olvido del objeto técnico, de su modo de existencia, que para Simondon no es pobre ni sin mundo, pero tampoco rico. Quizás semejante descuido haga de Heidegger el último de los pensadores metafísicos, preso no sólo de un humanismo que contraponen el hombre al animal (“aunque hasta cierto punto es el más afín a nosotros, por otro lado está separado de nuestra esencia existente”), sino también al objeto técnico, pero aquí por mera omisión. Ya desde Descartes, y pasando por *El hombre de arena* de Hoffmann hasta las modernas producciones de Hollywood, late la actitud que convierte al objeto técnico en un mero útil, en una herramienta neutra al uso del espíritu o, por el contrario, en un autómatas completamente independiente que hace peligrar el destino mismo de la humanidad en un futuro bastante cercano. En este último caso, el objeto técnico cobra una existencia alarmante que amenaza con arruinar el claro del ser del hombre. Esta “opulencia en mundo” del *Terminator* también separa el mundo de las máquinas del mundo del hombre pero por exceso. A la humanidad tan sólo le queda desaparecer o convertirse en mero útil, en una herramienta de *Matrix*, intercambiando los papeles de antaño. En esa visión de las cosas, la pobreza en mundo es compartida por el hombre y el animal, borrándose las antiguas demarcaciones.

Otra propuesta, de la que Simondon huyó al quizás prever más el desatino que el peligro, fue la de borrar los límites entre lo humano y los objetos técnicos. Haraway, en una postura completamente opuesta a cualquier ludismo, enarbó sin duda alguna la nueva bandera de este post-humanismo tecnofílico, hasta que se sintió más inclinada por la ontología canina. En fin... Aunque Deleuze fue buen lector de Simondon no continuó su ontología al pie de la letra (no habría habido Deleuze alguno), pues también, mucho antes que Haraway, borró las fronteras entre el animal, el hombre y la máquina, todos ellos cantando a la vez la gloria del ser en nupcias contra-natura de la mano del esquizo.

Parece que el pensamiento del siglo XXI va a ser algo más sosegado, más aristotélico, dirían algunos, y quizá la recuperación de la ontología de Simondon esté a la altura de esta nueva Edad Media en la que vivimos. Entre la tecnofobia, la neutralidad del mero instrumento y la tecnofilia desmesurada aparece nitidamente recortado su pensamiento, el de integrar la técnica



LIBROS



GILBERT SIMONDON **El modo de existencia de los** **objetos técnicos**

en la cultura. El hecho de no haber considerado la importancia de los objetos técnicos, considerándolos sin sentido ni significación alguna, en un segundo plano, habría basculado la cultura humana, dice Simondon, desequilibrándola, alienándola hasta en su misma comprensión, amputando una de sus partes más importantes, sobre todo al oponerse a ella. Semejante impostura indujo una contrarrespuesta radical en donde la máquina es idolatrada. Es preciso, escribirá Simondon, otorgarle su verdadero lugar a la máquina, su grado exacto de apertura, su parte de humanidad, su existencia mundana, establecer sus relaciones y las que el hombre, ese gran mecanólogo, entabla con ellas cual director de orquesta con sus músicos. Eso sólo podrá realizarse a través de una fenomenología del objeto técnico prolongada por una psicología que dé cuenta de las relaciones entre el hombre y dichos objetos. La apuesta ontológica de Simondon es relacional: sólo el hombre asumirá una cultura transindividual, y por lo tanto no alienada, cuando le otorgue al objeto técnico su verdadero papel de mediación entre los hombres y entre éstos y el mundo.

Julio Díaz Galán